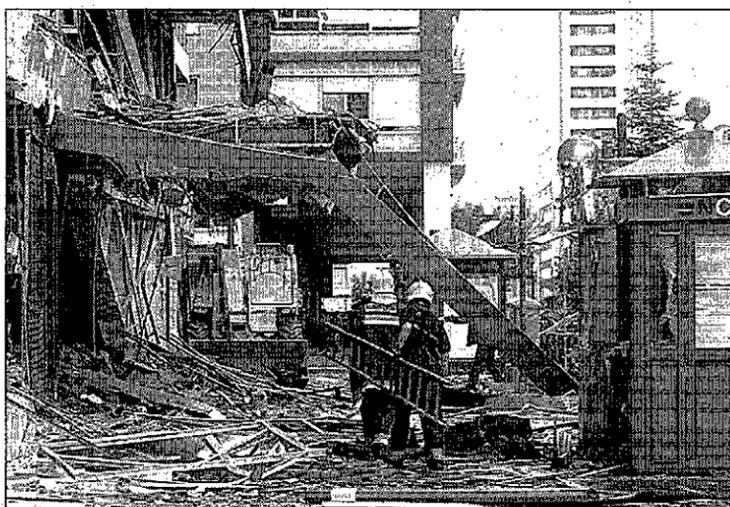


ATAQUE DE ETA EN EL CORAZÓN DE LOGROÑO



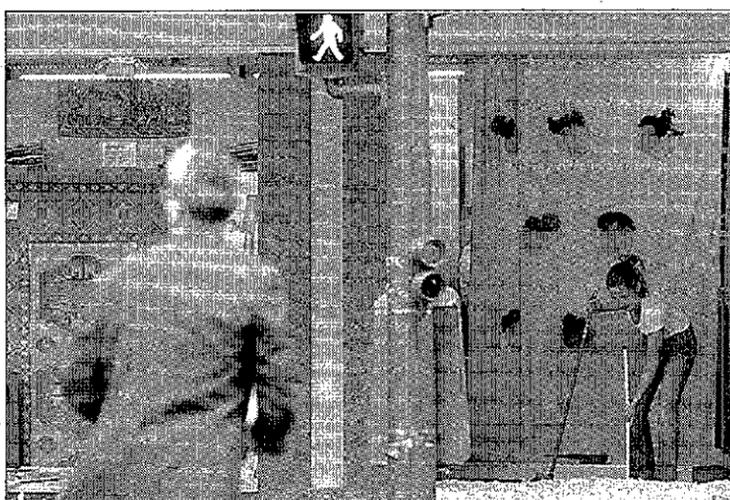
E. DEL RÍO

estallido del artefacto.



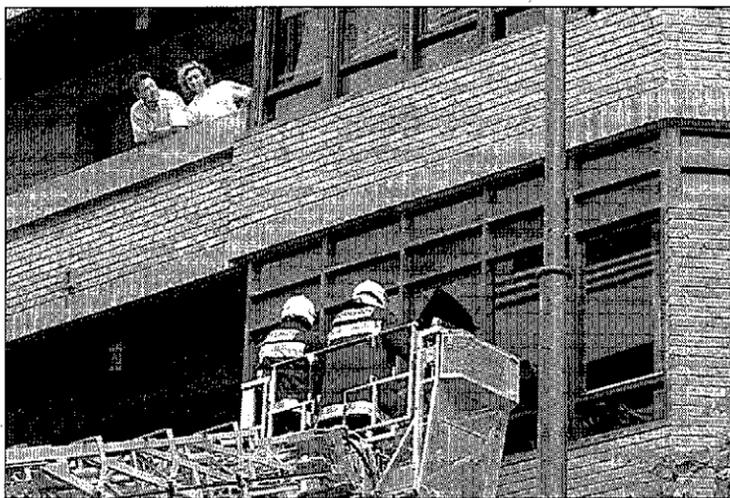
J. RODRIGUEZ

Labores de rescate de los habitantes en la torre de Logroño.



J. RODRIGUEZ

Una vecina limpia los desperfectos de su comercio.



F. DIAZ

Los bomberos retiran las cristalerías dañadas en la calle San Antón.

Viene de la página anterior

nista se asoma al exterior con temerosa timidez. A la derecha, en medio de la Gran Vía, ve una gran bola de fuego; las llamas envuelven un informe amasijo de metal, del que sobresalen una rueda y un airbag desinflado. A la izquierda, junto al cordón policial, más de veinte jóvenes observan atónitos la catástrofe. No hay histeria. No hay gritos. Ni siquiera nervios. Sólo estupor.

La gente va llegando de El Espolón con el paso sobrecogido. Han oído algo (un golpe seco y amenazador), pero no saben muy bien qué. Cuando se topan con la escena, reprimen un insulto y quedan mirando el fatídico rescoldo, como embrujados. La policía actúa con celeridad: quiere despejar la zona y alejar a los curiosos. No lo hace por prurito: "Es muy posible que haya otra bomba, así que no podemos dejar pasar a nadie hasta que se rastree todo". Algunos viandantes se consumen en un puro nervio: suplican entrar en algún edificio cercano, donde duermen (dormían) sus familias. Pero los agentes son severos: "Si sucede algo -explican-, la responsabilidad es nuestra".

Han pasado quince minutos desde la explosión. Ya no quedan llamas: los bomberos han apagado el incendio con rapidez. La Gran Vía ofrece una estampa bélica: como si en lugar de Logroño, los paseantes contemplaran una calle de Sarajevo o una barriada de Beirut. Perdido el inicial miedo, algunos vecinos se asoman a las ventanas (o a lo que de ellas queda). Cotejan los destrozos, se santiguan y observan la actuación de los policías. Los agentes les conminan a regresar a sus habitaciones. Tampoco pueden salir, aunque la sospecha de un nuevo artefacto se va disipando con el tiempo.

A las nueve, la ciudad recupera un cierto pulso. En corrillos o en cafeterías, los logroñeses comentan el suceso y, sobre todo, recuerdan sus respectivos despertares. "Sentí que me estallaba el corazón", resume una vecina de la Gran Vía.

Ser diferente no cuesta tanto.

Ser tan diferente como para conducir el nuevo Saab 9-3 TiD sólo cuesta 3.468.000 pts*. Llévate un turbodiesel de 125cv con todo el equipamiento que debe tener un Saab.

*IVA transporte e impuesto de matriculación incluidos.



quien quiere parecerse a los demás.



AUTOMÓVILES REGUIN, S.L. C/ Arquitectos Alamo y Ceballos, 15. Tel. 941 50 04 30. Logroño.